

Evangelización por medio de la Palabra y la Acción transformadora

**Antonio Vidales, cmf.
Gonzalo Fernández, cmf.**

Roma, 1985

Evangelización por medio de la Palabra y la Acción transformadora

Antonio Vidales, cmf.
Gonzalo Fernández, cmf.

Roma, 1985

INDICE

I. ENCUADRE DEL TEMA (Antonio Vidales)

1. En la misión de la Iglesia
 - 1.1 La misión de la Iglesia es anunciar y extender el Reino de Dios.
 - 1.2 Dimensiones de la misión de la Iglesia
2. En el concepto de evangelización
 - 2.1 Alcance del concepto de evangelización
 - 2.2 Las cuatro grandes formas o dimensiones de la evangelización

Conclusión

II. LA EVANGELIZACIÓN MEDIANTE LA PALABRA (A. Vidales)

0. Introducción: ¿Todos predicadores?
1. El servicio de la Palabra en un mudo descristianizado
 - 1.1 El viejo mundo “cristiano”, grave desafío para el anuncio del evangelio.
 - 1.2 El contenido del anuncio
 - 1.3 Principales formas del servicio de la palabra
 - 1.4 El servicio de la palabra y las demás formas de presencia eclesial
 - 1.5 Palabra y testimonio de la vida
 - 1.6 El evangelizador, discípulo enviado; su espiritualidad.
2. El Seglar Claretiano y el servicio de la palabra.
 - 2.1 El servicio de la palabra en los grupos creados por Claret.
 - 2.2 El servicio de la palabra en el Ideario del Seglar Claretiano.

Conclusión

III. LA EVANGELIZACIÓN MEDIANTE LA ACCION TRANSFORMADORA (Gonzalo Fernández)

1. Introducción
 - 1.1 Hay un hecho.
 - 1.2 Que se inserta en un gran debate.
 - 1.3 Y que afecta a cuestiones teológicas fundamentales.
 - 1.4 Que deben ser traducidas a criterios operativos.
2. Los fundamentos teológicos del compromiso laical.
 - 2.1 La perspectiva del Nuevo Testamento
 - 2.1.1 Una reserva inicial
 - 2.1.2 La actuación de Jesús

- 2.2 La perspectiva del Vaticano II
 - 2.2.1 El contexto del “Gaudium et Spes”
 - 2.2.2 El sentido de la actividad humana
 - 2.2.3 La misión de la Iglesia en el mundo
- 2.3 La perspectiva teológica
 - 2.3.1 El planteamiento de Von Balthasar
 - 2.3.2 El planteamiento de Schillebeeckx
 - 2.3.3 El compromiso de los seglares.
- 3. Caminos para una acción transformadora
 - 3.1. Opciones a nivel personal
 - 3.1.1 La profesión
 - 3.1.2 El estado de vida
 - 3.2 Opciones a nivel social
 - 3.2.1 La acción en las plataformas populares
 - 3.2.2 La acción sindical y profesional
 - 3.2.3 La acción educativo-cultural
 - 3.3 Opciones a nivel político
 - 3.4 La especificidad claretiana

PRESENTACION

Este opúsculo no es una exposición completa de todas las formas de evangelización a través de las cuales el seglar claretiano puede realizar su misión. Se refiere únicamente a las dos más fundamentales y más en consonancia con el carisma claretiano laical.

En él se recogen las ponencias de la Asamblea de seglares claretianos de la zona europea, celebrada en Colmenar Viejo (Madrid — España) en los primeros días del mes de agosto de 1.985.

Las ponencias fueron elaboradas por los PP. Antonio Vidales, encargado del Secretariado General para los Seglares Claretianos, y Gonzalo Fernández Sanz, profesor del Estudio Teológico de Colmenar Viejo.

Las referencias a la situación europea no son excesivas y, en la mayor parte de los casos, resultan aplicables a otras áreas geográficas.

1. ENCUADRE DEL TEMA

1. EN LA MISION DE LA IGLESIA

1.1 La misión de la Iglesia es anunciar y extender el Reino de Dios.

Si queremos hablar con precisión, tenemos que decir que no hay más que una sola misión: la que el Padre encomendó a Cristo y él, a su vez, ha confiado a la Iglesia. La Iglesia realiza esta única misión “obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo” (5).

Cuando hablamos de misión “propia” de un movimiento laical o de un instituto religioso, no hablamos de algo distinto de la misión de la Iglesia. Un movimiento o un instituto no tienen una misión propia distinta de la misión de la Iglesia; lo que tiene es un modo peculiar de cooperar a la única misión de Cristo y de la Iglesia. No hay inconveniente en llamar a este modo peculiar de cooperación “misión propia”, pero hay que saber muy bien lo que se quiere decir con ello.

La misión de la Iglesia es anunciar y extender el Reino de Dios. Como dice el Vaticano II, la Iglesia existe para el Reino de Dios, esa es su razón de ser: “Tiene como fin el dilatar más y más el Reino de Dios, incoado por Dios mismo en la tierra” (6). “Recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos”. (7).

La Iglesia no es para sí misma, sino para el Reino, es decir, para llevar a cabo el plan de Dios sobre la humanidad. Lo más nuclear de este plan o Reino de Dios es el amor que El nos tiene y que le ha llevado a hacernos hijos suyos, y el amor que nos concede tenerle a él y a los hombres. El proyecto de Dios, la utopía del Reino, es que todos vivamos como hijos suyos y como hermanos entre nosotros. Hacer realidad este proyecto es el punto de mira de toda actividad de la Iglesia, porque su misión es hacer presente en el mundo del Reino, tanto en su dimensión vertical o de filiación, como en su dimensión horizontal o de fraternidad.

La Iglesia es instrumento del Reino, pero ha de ser también lugar de realización del mismo y, por consiguiente, signo y anticipo del Reino. No puede servir al Reino si no se deja invadir y transformar por la gracia, la fuerza, los valores, la dinámica y las exigencias del Reino (8).

1.2 Dimensiones de la misión de la Iglesia.

La Iglesia realiza su misión mediante cuatro grandes servicios o funciones, que se suelen designar con estas cuatro palabras griegas:

- Martyría, que significa la acción de atestiguar, de testimoniar;
- Koinonía, que significa la acción de compartir, comunión, comunidad;
- Diakonía, que significa servicio, especialmente a los pobres (9);

- Leiturgía, que es el culto y la alabanza a Dios la celebración del Misterio Pascual.

Estos cuatro servicios o funciones de la Iglesia para anunciar y extender el reinado de Dios se pueden llamar también dimensiones de la misión de la Iglesia o formas fundamentales de presencia eclesial en el mundo. Vamos a explicitar algo más el contenido de cada una de estas cuatro dimensiones.

a). Martiría o servicio de la palabra.

Es la proclamación, el anuncio de la Buena Nueva del Reino; es atestiguar o testimoniar la vida, muerte y resurrección de Cristo, que inicia y garantiza la realización del Reino; es la palabra, iluminada de esperanza, que revela el sentido de la vida; es la palabra desinteresada, libre y llena de fuerza profética, que denuncia todo lo que contradice el reinado de Dios y no cala ante las amenazas.

En el servicio de la palabra se distinguen varios niveles:

- El “Kerigma” o primer anuncio del Evangelio a quienes nunca han oído hablar del él: predicación misionera a infieles y a no creyentes. Su objetivo es la conversión, llevar a la adhesión a la fe.
- La catequesis o profundización en la fe, tanto a nivel de conocimientos como de vivencia o praxis cristiana.
- La reflexión teológica.

b). Koinonía o fraternidad dentro de la comunidad cristiana.

Este servicio desarrolla ante todo la dimensión del Reino que hemos llamado fraternidad.

Una comunidad cuya ley fundamental es el amor oblativo y el compartir, es signo y anticipo del Reino. Es también un signo de esperanza para los hombres de todos los tiempos que anhelan la hermandad, la paz y la comunión.

Frente a una sociedad dominada por la ambición, el egoísmo, el afán de poder, la violencia y la explotación sistemática de los más débiles, la comunidad cristiana, no solo anuncia, sino que muestra la posibilidad de vivir como hermanos, reconciliados y unidos, acogiendo a todas las personas y respetando la libertad y la originalidad de cada una de ellas.

En una sociedad de masas en que el hombre es un ser anónimo, un solitario en medio de la muchedumbre y está hambriento de relaciones humanas personales, cercanas, profundas y desinteresadas, los cristianos estamos llamados a testimoniar la utopía del Reino de la fraternidad, ofreciendo espacios de libertad y de comprensión, de amor desinteresado y de respecto a los derechos de todos.

c) Diakonía o fraternidad más allá de la comunidad cristiana.

La diakonía es el servicio a los demás, especialmente a los más necesitados; es el empeño en la acción transformadora del mundo para hacerlo más conforme al plan de Dios, el empeño por hacer un mundo más justo, más solidario y más fraterno.

La diakonía, igual de la koinonía, realiza' ante todo la dimensión del Reino que hemos llamado fraternidad, pero, mientras la koinonía la realiza en el in tenor de la comunidad cristiana, la diakonía trata de realizarla fuera de ella.

La entrega generosa al servicio de los demás, la acción transformadora del mundo, el empeño en la libe ración y promoción de los pobres y marginados y el compromiso por la justicia y la paz, son los signos más importantes y decisivos del Reino; son, incluso, el test de autenticidad de las otras tres formas de presencia de la Iglesia en el mundo.

Si en algún tiempo se negó o se dudó de que algunos servicios formaran parte de la misión de la Iglesia, hoy ya nadie lo puede dudar: "La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia" (10).

d). Leiturguía.

Es el culto y la alabanza al Padre, la celebración del misterio de Cristo resucitado, que está presente en el corazón de toda acción litúrgica. Y todo ello Siempre bajo la acción del Espíritu que el Padre y el Hijo han enviado a su Iglesia.

En la eucaristía y en los demás sacramentos y acciones litúrgicas, en las fiestas y conmemoraciones, celebramos, con alegría y agradecimiento, la liberación que Cristo ha realizado.

Esta es la misión de la Iglesia: "hacer presente en medio de los hombres, como signo y primicia del gran proyecto de Dios, los cuatro grandes dones de que es portadora: un nuevo modo de amor universal, una nueva forma de convivencia fraterna, una palabra henchida de salvación y de esperanza, un conjunto de ritos transparentes y manifestativos de una vida en plenitud. Es sobre todo a través de estos signos cómo la Iglesia cumple su misión en la historia y presta su contribución específica e insustituible a la realización del Reino de Dios" (11).

2. EN LA EVANGELIZACION

2.1 Alcance del concepto de evangelización.

La palabra evangelización tiene diferentes significados:

- a) El más restringido, y el más frecuente hasta hace algunos años, es el que hace equivaler la evangelización al Kerigma o primer anuncio del evangelio.
- b) Mayor alcance tiene la evangelización cuando se ha de coincidir con el servicio de la palabra en todas sus formas.
- c) Existe un concepto de evangelización mucho más amplio, que ha sido puesto en circulación por el sínodo de los obispos de 1974 y por la exhortación apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi". Este importante documento pontificio, al afirmar que, no sólo la predicación, sino toda la vida y acción de Jesús es evangelización (12), es decir anuncio y realización del Reino, abre unos horizontes amplísimos al concepto de evangelización.

Paralelamente podemos decir lo mismo de la iglesia: no sólo su predicación, sino, todo lo que ella es, dice y hace por el Reino es evangelización. Desde este punto de vista, sus cuatro modos de presencia en el mundo: la palabra, la comunión, el servicio y la liturgia, son evangelización, porque anuncian, significan y realizan el Reino.

Desde esta perspectiva tan amplia hay que entender la afirmación de EN., que identifica la misión de la Iglesia con la evangelización: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (13).

2.2 Las cuatro grandes formas o dimensiones de la evangelización.

Evangelizar es anunciar la Buena Nueva del Reino, es decir el Evangelio. Relacionando directamente la evangelización con el Evangelio, podemos decir que, en su sentido más amplio, evangelizar comprende estas cuatro formas o dimensiones:

- a) Decir el Evangelio: servicio de la palabra, tanto si se trata del primer anuncio, como de su profundización posterior mediante la catequesis, la enseñanza y la teología.
- b) Vivir el Evangelio personal y comunitariamente: amor fraterno y servicio dentro de la comunidad cristiana.
- c) Hacer el Evangelio: acción transformadora, empeño por realizar en el mundo los valores del Reino: el amor, la fraternidad, la justicia, la paz, etc.

- d) Celebrar el Evangelio, la salvación y liberación realizadas por Cristo.

Estas dimensiones de la evangelización coinciden exactamente con las dimensiones de la misión de la Iglesia. No puede ser de otro modo, porque la misión de la Iglesia es la evangelización. El siguiente esquema la expresa gráficamente.

DIMENSIONES DE LA MISION DE LA IGLESIA	DIMENSIÓN DE LA EVANGELIZACIÓN
Martyría: servicio de la Palabra	- Decir el Evangelio
Koinonía: Fraternidad en la comunidad	- Vivir el Evangelio
Diakonía: Servicio de fraternidad en el mundo	- Hacer el Evangelio
Leiturgía. Culto, celebración del misterio	- Celebrar el Evangelio

OBJETIVO FINAL DE LA MISION DE LA IGLESIA

EL REINO DE DIOS

Conclusión: Dentro de la misión de la Iglesia ¿tenemos que hacer todos todo o caben “especializaciones”?

La Iglesia, tanto la universal como cada una de las Iglesias particulares, tienen que realizar lo más plenamente posible las cuatro dimensiones de la evangelización o de la misión de la Iglesia.

También cada cristiano tiene que realizar las cuatro dimensiones. No cabe la “especialización” ni la dedicación exclusiva a una sola de ellas. Nadie puede decir: “lo mío es la palabra”, no quiero saber nada de la comunidad ni de la acción transformadora del mundo ni de la liturgia.

Todos tenemos que hacer de algún modo todo, pero diferenciadamente, es decir, según los carismas recibidos, según el propio estado de vida, según la historia personal y las posibilidades reales de cada uno.

Los carismas son dones del Espíritu con, los cuales capacitan a cada uno y lo destina a prestar más eficazmente servicios en la comunidad eclesial y en la misión de la misma. Unos pueden recibir carismas que los capaciten especialmente para el servicio de la palabra y otros para la edificación de la comunidad o para la acción transformadora del mundo.

Pero los dones o carismas no llevan a una especialización tan rigurosa en un servicio que implique el olvido de las otras dimensiones de la misión eclesial. Llevan a dedicarse preferentemente a un servicio y a realizar desde él, como clave, los demás servicios. Los carismas nos sitúan en una determinada clave evangélica desde la que tratamos de vivir todo el evangelio y todas las dimensiones de la evangelización.

Hay carismas que comportan una vocación y que llevan a un determinado estado de vida: virginidad o matrimonio, vida consagrada o vida laical.

Dejando de lado los condicionamientos que a cada uno le imponen la propia historia y sus limitaciones personales, voy aplicar estas ideas sobre los carismas al caso concreto de los seculares claretianos.

En virtud del carisma claretiano, están llamados a dar preferencia a las tareas relacionadas con el servicio de la palabra en virtud de su vocación laical, que los sitúa en medio de la trama de las realidades temporales para que sean fermento, están llamados a dar especial importancia a la diakonía y, concretamente, a la acción transformadora del mundo.

Efectivamente, el Ideario del Secular Claretiano da especial relieve a estas dos formas de evangelización, aunque no olvida las otras dimensiones de la misión eclesial.

Señalo a continuación las principales referencias del Ideario a cada una de las cuatro dimensiones de la misión de la Iglesia.

- Martiría, servicio de la palabra: N° 1, 5, 10, 23, 29, 31, 33.
- Diakonía; acción transformadora: N° 5, 10, 11, 15, 24, 25, 26, 33.
- Koinonía, comunión, comunidad: N° 18-21, 5, 24, 30, 33.
- Leiturgía, culto, sacramentos, oración: N° 9, 10, 38, 39, 41.

El Secular Claretiano evangeliza sobre todo mediante la palabra y la acción transformadora. Vive también con gran intensidad la comunión y la liturgia, pero las vive desde su vocación de servidor de la palabra y de agente de transformación del mundo. Para él la comunidad es ante todo “comunión enviada” y las acciones litúrgicas no lo alejan, sino que lo envían al mundo para ser fermento de transformación.

II. EVANGELIZACION MEDIANTE LA PALABRA

O. INTRODUCCION ¿TODOS PRECICADORES?

La reflexión de los últimos 20 años sobre la figura de Claret ha dejado muy claro que su carisma es el servicio misionero de la palabra. Pero no se trata de un hallazgo reciente. Claret mismo se define “Misionero Apostólico”, entregado sin descanso al “ministerio de la palabra, que es el más augusto e invencible de todos” (1).

Para sus contemporáneos Claret fue ante todo misionero. Su amigo Currius decía que en Cuba había sido “más misionero que arzobispo”. D. Francisco Aguilar que publicó una excelente vida de Claret al año de su muerte, afirma que “en algún ¡podo puede decirse que fue apóstol antes de ser hombre” (2).

El servicio de la palabra no es sólo el carisma personal de Claret, sino que es también su carisma de Fundador (3) y, por tanto, el carisma y la misión de los institutos y movimientos fundados por él y llamados a continuar la misión para la que el Espíritu Santo le suscitó en la Iglesia.

Los Misioneros Claretianos no tienen ninguna duda en admitir que han recibido del Espíritu el mismo carisma del Fundador: “el carisma, el espíritu y la misión de la Congregación dentro de la Iglesia es el ser vicio misionero de la palabra” (4).

Más dudas suscita el considerar el servicio de la palabra como un elemento esencial del carisma del seglar claretiano. De hecho en el proceso de elaboración del Ideario surgieron bastantes discrepancias con respecto a la importancia que se quería dar al servicio de la palabra dentro de la misión del laico claretiano. En algunos momentos apareció la sospecha de si los religiosos no estarían transfiriendo a la rama laical claretiana algo que es propio de ellos, es decir, el ser predicadores, heraldos del Evangelio, al estilo de Claret.

El apostolado del seglar ¿no ha de consistir ante todo en el testimonio de vida familiar, profesional y laboral? ¿No está acaso llamado el laico a evangelizar por lo que es y hace más que por lo que dice? ¿En qué medida la evangelización mediante la palabra es un elemento esencial de la misión del seglar claretiano?

1. EL SERVICIO DE LA PALABRA EN UN MUNDO DESCRISTIANIZADO.

1.1. El viejo mundo cristiano, grave desafío al ser vicio de la palabra.

1.1.1. Descristianización e increencia.

En el momento de la ascensión de Jesús dice al grupo de seguidores que lo acompañan: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre

vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría. Y hasta los confines de la tierra". (Hch. 1,8)

Este mismo encargo hemos recibido todos los discípulos de Jesús a lo largo de la historia: es consustancial a nuestra condición de seguidores al ser enviados a anunciar la Buena Nueva del Reino.

Han pasado ya 20 siglos y estamos aún muy lejos de haber llevado el anuncio del Evangelio "hasta los confines de la tierra". Hay dos tercios de la humanidad que ni siquiera han oído el primer anuncio del Evangelio.

Pero hay algo más preocupante aún: este mundo occidental "cristiano" en el que nosotros vivimos, se ha alejado de tal manera del Evangelio, que se ha convertido en país de misión y está necesitando urgentemente ser reevangelizado.

El laicismo y el secularismo, que tan fuertemente han sacudido al mundo cristiano, especialmente en los 30 años, ofrecen una visión del mundo en la que no hay lugar para Dios. En su cosmovisión Dios sería un elemento extraño y perturbador y, por tanto, lo eliminan. El secularismo es "una concepción del mundo según la cual este último se explicaría por sí mismo, sin que sea necesario recurrir a Dios. Dios resultaría, pues, superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El" (14).

Junto al secularismo, actúan con fuerza irresistible otras tendencias, como el humanismo ateo, el materialismo, el consumismo y el hedonismo, que han causado un tremendo estrago en la fe y en la escala de valores cristianos, volviéndola exactamente al revés.

Una encuesta sociológica sobre los valores de la Europa actual llevada a cabo en nueve países europeos (Italia, Francia, España, Alemania Federal, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Inglaterra e Irlanda) (15), al referirse a los valores religiosos demuestra que la Europa cristiana (católica o protestante) es, efectivamente, tierra de misión.

Es muy preocupante que el 60% de los católicos y el 74% de los protestantes no creen en un Dios personal y que el 70% de los católicos no crea en el Espíritu Santo.

Por desgracia, la encuesta no ofrece datos sobre cuantos son los cristianos que creen en Jesucristo o que creen que es el Hijo de Dios. Quizás sea muy significativo el que, a la hora de estudiar los valores religiosos del mundo cristiano, los sociólogos que elaboran la encuesta se hayan olvidado de preguntar por la fe en Jesucristo, sin la cual toda forma de cristianismo queda completamente vacía.

La fe y el altruismo ocupan los últimos lugares en la escala de valores de la sociedad europea actual.

La religión de los europeos aparece amalgamada con un fuerte individualismo y egoísmo, que les lleva a desinteresarse de los problemas de los demás y a buscar sólo sus propios intereses personales y su propio bienestar.

Tenemos delante una sociedad descristianizada, un mundo de increencia, que nos plantea un “poderoso y trágico llamamiento a ser evangelizado” (16).

En cierto sentido, la situación de muchos descristianizados es peor que la de los no cristianos, porque ellos miran la fe como un elemento propio de una etapa histórica de la humanidad ya superada: sólo los inmovilistas y retrógrados pueden seguir creyendo. Algunos se sienten orgullosos de haber superado la etapa de la fe, como se superó, en otros tiempos, la mitología griega o la romana.

Esta situación, como acabamos de indicar, se nos presenta como un gravísimo desafío, como una urgente llamada a la evangelización mediante la palabra, especialmente de las nuevas generaciones que crecen configuradas por esta cultura de la increencia. Según la encuesta antes citada, la descristianización y la increencia están mucho más generalizadas en los jóvenes.

Ante esta situación, cada uno de nosotros, como discípulo enviado, tiene que repetirse, como San Pablo: “¡Ay de mi si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor 9, 16).

1.1.2. Principales desafíos que presentan al servicio de la palabra los países de vieja cristiandad.

Los principales desafíos que nos presenta esta situación desde el punto de vista del servicio de la palabra son los siguientes:

1°. Un nuevo modelo de Iglesia y un nuevo modelo de pastoral.

Es un contrasentido empeñarse en mantener un modelo de Iglesia - clientela y un modelo de pastoral masiva propios de la época de cristiandad y destinados a mantener una fe sociológica, que en la desacralizada sociedad actual ni siquiera puede mantenerse en pie.

Hay que caminar decididamente hacia el modelo de Iglesia propuesto por el Vaticano II, la Iglesia —comunidad— enviada que se articulo en pequeñas comunidades cristianas, en las que el compartir, el amor fraterno la comunión, la libertad, la valoración y el respeto a las personas sean una realidad tangible.

Es necesario caminar hacia una pastoral de relaciones cercanas, interpersonales y de pequeño grupo para llamar a la conversión y para educar en la fe.

2°. Llegar a los alejados.

Los sacerdotes cada día más escasos, generalmente están absorbidos por la atención a los "asiduos". Con la gran masa de los alejados no tienen ninguna relación. Alguno de estos asiste ocasionalmente a ciertas celebraciones masivas de tipo socio religioso, como primeras comuniones, bodas, funerales, etc. Pero a estos no son momentos oportunos para la evangelización de los alejados, porque no tienen actitudes adecuadas. Su presencia allí no obedece a ninguna inquietud religiosa y su centro de atención no es precisamente el acto religioso, y menos aún la palabra, generalmente rutinaria y "de ocasión".

Es necesario buscar otros medios de servicio de la palabra para llegar a estas personas. No cabe duda de que este es un desafío ante todo para los seculares, que están plenamente insertos en el ambiente social y laboral de los descristianizados.

El anuncio es imprescindible. "¿Cómo creerán sin haber oído hablar de El? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?" (Rin. 10, 14).

3°. Procurar una formación cristiana más profunda y más consistente de las nuevas generaciones.

Sólo así podrán llegar a vivir la fe, no por inercia sociológica, sino como una opción personal, libre, consciente y comprometida en la transformación del mundo.

En este sentido tienen una tarea importantísima que realizar la catequesis, los catecumenados y otros modos de formación de laicos.

4°. Multiplicar los evangelizadores.

La sociedad secularizada, sobre la que las acciones masivas sólo tienen un influjo muy superficial, reclama la multiplicación de evangelizadores seculares que, plenamente insertos en el mundo, lleguen a todos ámbitos y lugares.

5°. Evangelizar la cultura.

La cultura (cosmovisión, valores reinantes, actitudes, modos de pensar y de comportarse, etc.) es el medio ambiente que moldea y configura a todo el que entra en él. La cultura nos recibe al nacer y nos da una visión de la vida y del mundo, unas maneras de ser de sentir, de pensar y de actuar, unas creencias o in creencias, etc... ¿Cómo evangelizar al hombre, sin evangelizar el molde cultural que lo configura?

La evangelización de este molde cultural que se nos impone a todos, especialmente a las nuevas generaciones, es el más gigantesco desafío a la misión evangelizadora de la Iglesia. "Hay que hacer todos los esfuerzos en vistas a una generosa evangelización de la cultura o, más exactamente, de las culturas" (17).

La Iglesia desea “alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (18).

6°. Evangelizar mediante los cauces de transmisión de la cultura.

Si no queremos que la evangelización quede reducida a un superficial barniz, hemos de introducir el mensaje evangélico en el torrente cultural para que circule por las arterias de la sociedad. Sólo así la evangelización podrá “transformar desde dentro, renovar la misma humanidad “(19).

Tiene excepcional importancia el que sepamos situarnos en los grandes cauces de transmisión de la cultura, como la educación y la comunicación social. Ambos juegan un papel decisivo en la socialización e inculturación del pueblo. Precisamente por eso, las ideologías y los partidos políticos quieren dominar la escuela y los medios de comunicación social.

1.2. Contenido del anuncio.

Para nosotros, como para Jesús, el contenido esencial de la evangelización mediante la palabra es el Reino de Dios. “Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en ‘lo demás’.” (20)

Podemos especificar algo más el contenido del anuncio en relación con las dos dimensiones del Reino.

a). En la dimensión de filiación podemos señalar como contenidos más importantes:

— Proclamar y testimoniar:

- el inmenso amor que el Padre nos tiene y que nos ha manifestado entregando a su propio Hijo por nosotros (cf. Jn. 3,16) y haciéndonos hijos suyos (cf. 1 Jn 3, 1; Rm. 8, 14—17);
- el amor de Cristo que por nosotros y por nuestra salvación se hizo hombre, introdujo el Reino en el mundo, murió y resucitó y permanece con nosotros hasta el fin del mundo;
- la presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en cada uno de nosotros.

— Enseñar a los hombres a vivir como hijos de Dios ayudándoles a conocer y amar al Padre y a su enviado Jesucristo y a llevar una vida centrada en Dios.

— Llevar a los hombres al encuentro con Cristo y con el Padre en la eucaristía, en los demás sacramentos y acciones litúrgicas y en la oración.

- Anunciar, en un mundo cerrado a la trascendencia, el sentido cristiano de la vida.
- Proclamar que el Reino y la salvación comienzan aquí, pero sólo llegarán a su plenitud más allá del tiempo y de la historia.

b). En la dimensión de fraternidad el servicio de la palabra tiene como objetivo:

- Proclamar y testimoniar el amor fraterno. Esta es una grande e increíble buena noticia para un mundo como el nuestro que ni valora ni vive el altruismo y la solidaridad.
- Llevar a los hombres a vivir como hermanos en todos los ámbitos y niveles de la sociedad, desde el pequeño núcleo familiar hasta la humanidad entera.
- Ante las múltiples situaciones de injusticia, guerra, opresión, marginación, hambre, etc., el servicio de la palabra se tiene que hacer, para los opresores, denuncia e invitación a la conversión y, para los oprimidos, anuncio de liberación integral. (21).

1.3. Formas de servicio de la palabra.

Existen muchos modos de evangelización mediante la palabra. Vamos a recordar los más importantes. Es conveniente advertir, ya de entrada, que se complementan mutuamente y que no hay entre ellos fronteras claramente definidas.

a). La predicación.

Aunque la predicación corresponde más directamente al sacerdote y al diácono, sobre todo en la celebración de la eucaristía, no es una forma de servicio de la palabra ajena a los seglares, ni siquiera dentro de las celebraciones litúrgicas. En algunas ocasiones pueden los laicos dirigir la palabra de Dios al pueblo. Y, desde luego, pueden prestar un gran servicio a los sacerdotes ayudándoles a preparar sus predicaciones sobre todo con la aportación del conocimiento experiencial de la realidad que ellos tienen. De este modo puede el sacerdote iluminar desde la palabra de Dios las situaciones reales y los verdaderos problemas del pueblo.

En el tercer mundo hay muchas comunidades cristianas que raras veces pueden contar con la presencia del sacerdote. En ellas son los seglares (delegados de la palabra, líderes de la comunidad, catequistas, etc.) quienes presiden las asambleas dominicales y prestan en ellas el servicio de la palabra. La participación del seglar en la predicación se ha de extender cada vez más en todas partes, no sólo por la creciente escasez de sacerdotes, sino por lo específico que el laico, desde su vocación de fermento en el mundo, puede aportar el anuncio de la palabra.

b). La catequesis.

La catequesis es hoy día el servicio de la palabra más importante para la comunidad cristiana. En él la colaboración de los laicos es absolutamente necesaria. Los seculares, en general, no valoran suficiente mente el servicio de catequista, quizá por la mala imagen de algunos catequistas del pasado.

La catequesis es el segundo paso en el itinerario de la evangelización mediante la palabra. El primero es el “Kerigma” o primer anuncio, que tiene como función llevar a la persona a la adhesión a la fe. La catequesis, que no es separable del “Kerigma” y que realiza a veces funciones kerigmáticas, tiene como función propia, no el primer anuncio, sino la profundización en los conocimientos y en la vivencia de la fe y la iniciación en los diversos aspectos de la vida cristiana: sacramentos, liturgia, oración compromiso, etc.

La catequesis tiende cada vez más a dejar de ser masiva y a desarrollarse en pequeños grupos en un clima de cercanía y de amistad, que permite fácilmente al catequista ser un verdadero formador.

En algunos aspectos el secolar está en mejores condiciones que el sacerdote para prestar el servicio de catequista. Su plena participación en la vida del pueblo le permite prestar un servicio de la palabra más arraigado en la realidad.

La tarea catequista presenta formas muy variadas:

- se puede desarrollar en la familia, en la parroquia, en la escuela, en los grupos y movimientos, etc.;
- puede ser catequesis de niños y adolescentes o catecumenado de jóvenes y adultos;
- puede organizarse como preparación de los diversos sacramentos.

c). La enseñanza.

Es creciente el número de seculares a quienes se confía la enseñanza de la religión en los distintos niveles escolares. Se trata de una función eminentemente didascálica o docente, pero nunca debe separarse de la iniciación y desarrollo de la vida cristiana, porque el evangelizador es, ante todo, un creyente, un seguidor de Jesús, que comunica la propia experiencia de fe.

Dentro de esta función didascálica podemos incluir también los diversos cursos de formación religiosa, teológica, pastoral, bíblica, etc. para los laicos, en los que los seculares han de tener cada día mayor participación como profesores y directivos. Ha que mencionar también aquí los centros de formación de evangelizadores seculares.

d). La educación en la fe.

Se trata de un servicio encomendado a personas con una buena formación y que llevan una vida en coherencia con la fe que profesan.

Más que la enseñanza, este servicio tiene como objetivo acompañar a la persona en su proceso de crecimiento como creyente, ayudarle a afrontar y superar positivamente las cuestiones vitales que plantean a su fe las distintas cosmovisiones con que se va encontrando en la sociedad, las ideologías, el humanismo ateo, el secularismo, el pluralismo relativizante de todo y otras tendencias.

Este acompañamiento se realiza a través de reuniones de grupo, charlas, coloquios, diálogo personal etc.

e). El diálogo o encuentro personal.

El diálogo ha sido siempre una de las formas de evangelización más importantes. El Evangelio nos habla de la predicación de Jesús a grandes masas o a pequeños grupos, pero nos describe también su encuentro y su diálogo con una sola persona (Nicodemo, la Samaritana).

En el diálogo se han introducido en los últimos 40 años algunas formas más técnicas, como el "Pastoral Counseling", gracias, sobre todo, a las aplicaciones pastorales que se han hecho de la psicología de C. Rogers.

El "diálogo pastoral" pretende ayudar a la persona a descubrir su propia identidad, a encontrar la relación adecuada consigo misma, con sus hermanos y con Dios; intenta ayudar al individuo a ser un miembro vivo de la comunidad eclesial.

Hay otras formas de diálogo mucho más espontáneas como son las conversaciones familiares o amigables a través de las cuales se comunica la propia visión cristiana del mundo y de la vida o se ofrece comprensión, ayuda y apoyo a las personas que sufren una desgracia tienen un problema o viven una crisis.

Hay medios técnicos que permiten nuevas formas de diálogo, como el "teléfono de la esperanza".

f). Los medios de comunicación social.

Hasta ahora me he referido únicamente a las formas orales del servicio de la palabra, pero también impresa (libros, revistas, artículos, hojas) es un medio importantísimo de evangelización. Más adelante tendremos ocasión de recordar la importancia que dio Claret a este medio.

Otro campo en el que debería haber una mayor presencia de los cristianos son los medios masivos de comunicación (radio, televisión), de los

que EN, dice que “ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de la audición de la palabra de Dios, haciendo llegar la Buena Nueva a millones de personas” (22).

1.4. El servicio de la palabra y las demás formas de presencia eclesial.

Las cuatro funciones mediante las cuales la Iglesia realiza su misión no pueden separarse, están constitutivamente unidas entre sí. Cualquiera de ellas, aislada de las demás, pierde sentido y autenticidad.

4.1. Servicio de la palabra y diakonía.

Existe una unión inseparable entre la palabra y la diakonía. El objetivo último y absoluto de ambas es el Reino. La palabra lo anuncia, invita a aceptar lo y a comprometerse en su realización; la diakonía lo hace, realizando especialmente su dimensión de fraternidad mediante el servicio a los demás, la solidaridad con los pobres y marginados, la promoción integral, el compromiso por la justicia y la paz, la defensa de los derechos humanos y la acción transformadora del mundo.

La unión que hay entre palabra y diakonía no las confunde. La Palabra anuncia el Reino y denuncia las situaciones que lo contradicen; la diakonía, en cambio, no son palabras que iluminen, guíen o estimulen, sino hechos, prácticas, encaminados a cambiar la realidad y a hacer un mundo más acorde con el ideal del Reino.

La diakonía tiene necesidad de la palabra y la palabra de la diakonía, porque el Evangelio no es para ser “dicho”, sino para ser “hecho”, pero, si no se da a conocer, no puede ser hecho.

4.2. Servicio de la palabra y koinonía o comunidad.

Podemos sintetizar en dos puntos la relación entre palabra y comunidad.

a). La palabra edifica la comunidad.

La Iglesia, aun etimológicamente, es asamblea de convocados por la palabra. Como nos muestra el libro de los Hechos, es la palabra de Dios la que convoca, edifica y hace crecer a la comunidad cristiana: “Los que acogieron su palabra fueron bautizados. Aquel día se les unieron unos tres mil” (Hch. 2,41). “Muchos de los que oyeron la palabra creyeron; y el número de hombres llegó a unos cinco mil” (Hch. 4, 4; cf. 6, 7; 12, 24; 19,20).

La palabra tiene como objetivo llevar a la persona a la adhesión a la fe y a la profundización en ella, pero se trata de una fe que es esencialmente comunitaria y que implica, para ser vivida, la adhesión a la comunidad. La evangelización es incompleta mientras no lleva a la inserción en una comunidad cristiana.

Sin el servicio de la palabra, la comunidad cristiana no crecería ni cuantitativa ni cualitativamente.

La comunidad que la palabra edifica no es para sí misma, sino para el Reino, para la diakonía. Vemos una vez más cómo en la vida de la Iglesia estos tres servicios: palabra, comunión y diakonía están indisolublemente unidos.

b). La comunidad es responsable y garante de la palabra.

Dios en su plan de salvación ha querido que la difusión y reactualización de su palabra se haga a través de la comunidad eclesial. La misión de anunciar la Buena Nueva del Reino, que el Padre encomendó a Cristo, él, después de su resurrección, se la confió a la Iglesia.

La comunidad eclesial, en sus diversos niveles, es la responsable y garante del anuncio. La palabra es un servicio eclesial y los que lo desempeñan lo hacen en nombre de la comunidad y enviados por ella, anuncian, no sus propias ideas y proyectos, sino el mensaje de la Buena Nueva y el plan de salvación confiado a la comunidad eclesial.

Algunos de los que prestan en la comunidad el servicio de la palabra pueden ser constituidos ministros de la palabra. No es este el lugar adecuado para hablar de un tema tan amplio como los ministerios laicales. Baste decir que ofrecen grandes posibilidades de acción a los seglares.

4.3. La palabra y la liturgia.

En la liturgia vivimos especialmente la dimensión filial del Reino. En Cristo, que es siempre el centro de toda acción litúrgica, y con la fuerza del Espíritu, vivimos nuestra filiación divina y la expresamos en la alabanza al Padre y en la entrega a su plan de salvación.

En la liturgia no sólo vivimos la filiación, sino también la fraternidad y en sus raíces más hondas: la comunión con Cristo en quien hemos sido hechos hijos y hermanos. La liturgia, sobre todo la eucaristía, es expresión de fraternidad y dinamismo que hace crecer a la comunidad.

Podemos sintetizar la relación entre palabra y liturgia en estos dos puntos:

a). Papel de la palabra en la liturgia.

- La palabra tiene un papel importantísimo con respecto a la liturgia:
 - Como catequesis de iniciación y preparación para los sacramentos y para las demás acciones litúrgicas,
 - Como explicación (moniciones) de la realidad salvífica que se está actuando en la celebración litúrgica,
 - Como homilía, momento privilegiado de servicio de la palabra.

- La relación más profunda entre palabra y liturgia se da en la celebración de los sacramentos. La palabra sacramental no es algo previo o añadido, sino que es elemento esencial y constitutivo del sacramento. Sin las palabras de la consagración o del bautismo, por ejemplo, no habría sacramento.

b). La liturgia es anuncio de la palabra.

La liturgia es una catequesis permanente. “Aunque la sagrada liturgia sea principalmente culto de la Divina Majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio”. (23).

Se puede decir que la liturgia posee un enorme potencial evangelizador y que es una forma excepcional de catequesis. Todo el conjunto de la liturgia como acción celebrativa y simbólica constituye un lenguaje global que manifiesta la palabra de Dios.

1.5. Palabra y testimonio de vida.

Servicio de la palabra y testimonio de vida han de ser dos realidades inseparables, tanto en la comunidad eclesial, como en cada uno de los evangelizadores. El cristiano tiene que ser testigo de Cristo con palabras y hechos.

Podemos resumir la relación entre palabra y testimonio de vida en estos puntos:

a). La palabra demuestra su eficacia en nuestro testimonio de vida.

La Palabra de Dios, si es acogida, es siempre eficaz. El seguidor de Jesús es un hombre que primero se ha dejado evangelizar por la palabra y después evangeliza. “Es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino sin convertirse en alguien que, a su vez, da testimonio y anuncia” (24).

Los valores del Reino que proclamamos tienen que haber comenzado a ser realidad en la comunidad cristiana y en cada uno de nosotros. La palabra que anunciamos debe haber demostrado su eficacia en nosotros. No podemos llevar a los demás de manera convencida y convincente una palabra que no hemos acogido.

b). El testimonio es garantía de credibilidad de la palabra.

“Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente lo que anunciáis?. ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?. Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación” (25).

No podemos anunciar honestamente la Buena Nueva si no estamos comprometidos en “vivir” y “hacer” el Evangelio.

c). El testimonio es también palabra.

El testimonio de vida de quien ha acogido la palabra y se ha dejado transformar por ella se convierte en el anuncio más inequívoco y más eficaz de la Buena Nueva.

“La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar mediante el testimonio. Este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero muy clara y eficaz, de la Buena Nueva” (26). “Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo” (27).

1.6. El evangelizador como discípulo enviado. Su espiritualidad.

El evangelizador es un discípulo enviado. Ha sido convocado por Jesús mediante la comunidad. Esta con vocación de Cristo, como la que hizo a sus inmediatos discípulos, es “para estar con 41 y para enviarlos a evangelizar” (Mc. 3, 14).

El evangelizador tiene que vivir en profunda comunión con Cristo. Únicamente así puede ser su testigo, ya que sólo se atestigua aquello que se ha visto o experimentado. Además, si no está unido a El, no puede dar fruto. (cf. Jn. 15,4).

Jesús que exige radical pobreza y desprendimiento a sus enviados (cf. Lc. 9, 3; 10, 4), no nos manda provistos sólo de nuestras débiles fuerzas, sino que nos da su Espíritu, que es fuerza irresistible: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... Y seréis mi testigos... hasta los confines de la tierra” (Hch.1,8)

Jesús mismo inició su vida de evangelizador itinerante “con la fuerza del Espíritu”. (Lc. 4, 14).

Todos sus discípulos enviados a lo largo de 1 historia cuentan con esta fuerza del Espíritu que El nos ha dado para que esté con nosotros para siempre (cf. Jn. 14, 16).

El servicio de la palabra es un carisma, es decir, un don del Espíritu. Este don no es un objeto, sino que es presencia viva, acción del Espíritu en nosotros y por medio de nosotros. El Espíritu nos da clarividencia, libertad, fuerza y valentía para afrontar los riesgos que comporta el servicio profético de la palabra.

El evangelizador tiene que sentirse enviado y fortalecido por el Espíritu; tiene que vivir la acción evangelizadora unido a Cristo y al Espíritu para que Cristo, por el Espíritu, continúe evangelizando hoy a través de sus enviados.

El servicio de la palabra no puede apoyarse sólo en las leyes humanas de la comunicación, de la literatura, la psicología o la oratoria. Ha de apoyarse

ante todo en el Espíritu, que es el agente principal de la evangelización. No me resisto a copiar unas palabras muy conocidas de Pablo VI en EN, sobre la acción del Espíritu en la evangelización. “El es quien hoy, igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y le pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado.

Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrán reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin él. Sin él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor” (28)

Las actividades de servicio de la palabra necesitan una preparación doctrinal y pedagógica, pero sobre todo necesitan una preparación espiritual, un tiempo de oración para avivar la comunión con Cristo y con el Espíritu y ponerse en sus manos.

Lo que Juan Pablo II dice del catequista es aplicable a todas las formas de servicio de la palabra: “invocar constantemente al Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones, debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista” (29).

2. EL SEGLAR CLARETIANO Y EL SERVICIO DE LA PALABRA.

Cuanto he dicho ahora es válido para el seglar claretiano. En esta última parte me voy a referir a dos temas: los compromisos de evangelización mediante la palabra que Claret pedía a los seglares y el pensamiento del Ideario del Seglar Claretiano sobre el servicio de la palabra.

2.1. El servicio de la palabra en los grupos de seglares creados por Claret.

A Claret le tocó vivir en una Iglesia declaradamente piramidal y clerical. En ella el laico era sólo sujeto pasivo de la acción del clero; no había para él posibilidades de participación activa en la misión eclesial, porque se la consideraba sólo destinatario y no protagonista de esta misión.

Sin embargo, Claret, contracorriente, impulsó constantemente la cooperación de los seglares en la obra de la evangelización.

El arzobispo de Tarragona prohibió la publicación de los estatutos de la Hermandad del Corazón de María, escritos por Claret en 1847, entre otros motivos, por confiar tareas de catequesis e iniciación cristiana a los seglares, no sólo a los hombres, sino también a las mujeres.

Escribía después Claret a un amigo comentando la decisión del obispo: “se conoce que no puede ver que enseñen las mujeres..., pero yo veo el gran bien que pueden hacer” (30).

Las principales formas de servicio de la palabra para Claret son estas cuatro: la predicación, la catequesis a niños y adultos, las conversaciones familiares y los escritos.

a). La predicación.

Claret sentía un verdadero delirio por la predicación. En esto se sentía fuertemente atraído por el ejemplo de Cristo. “Quien más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes”(31) “La caridad me urge, me impele, me hace correr de una población a otra” (32).

Claret, como la Iglesia de su tiempo, reserva la predicación exclusivamente al clero.

b). La catequesis.

La catequesis y la participación del laicado en la misma tiene una importancia excepcional para Claret. Con este fin fundó en 1847 en España y en 1851 en Cuba la Hermandad de la Doctrina Cristiana.

La tarea catequista es el trabajo en el que Claret logró enrolar a mayor número de seglares. No sólo a los miembros de la Hermandad de la Doctrina cristiana, sino a casi todos los grupos fundados por él, les exige el compromiso de la catequesis. Así, por ejemplo, a los que formen parte de la Hermandad del Corazón de María les dice que se ocuparan en “catequizar e instruir a todos, pero especialmente a los niños y niñas, para que se aparten del mal y practiquen el bien” (33).

A las Hijas del Santísimo Corazón de María (1850) les dice: “se ocuparán en instruir niñas e ignorantes en la doctrina cristiana, y las enseñarán el modo de apartarse del mal, de practicar la virtud y de encomendarse a Dios” (34).

Quería también hacer de los padres y de los maestros auténticos catequistas.

c). Las conversaciones familiares.

Claret habla de esta forma de evangelización en su Autobiografía (334—336). Destaca la importancia en la Hermandad del Corazón de María y, sobre todo, en la Academia de San Miguel. En la memoria de la Academia del año 1866 dice que las conversaciones familiares “causan un bien inmenso, no sólo a los que las promueven y sostienen, sino también a los que las oyen” (35) “Es una de las cosas con que más se edifica y enseña a las gentes con quienes tratamos, porque, además de la instrucción que con dichas conversaciones les

damos, al ver los del mundo que nosotros no pensamos más que en Dios ... les edifica y mueve muchísimo a amarle”(36).

Este medio de evangelización equivaldría hoy al diálogo o contacto personal del que hemos hablado anteriormente.

d). La palabra escrita.

Claret, muy sensible a la fiebre por la lectura que había en su tiempo, ya que este era el único medio de comunicación social existente, ve en la palabra impresa un medio excepcional de evangelización. La publicación y divulgación de libros, folletos revistas, hojas y estampas es un medio de evangelización en el que quiere ver empeñados a todos los laicos. Se lo exige especialmente a los miembros de la Academia de S. Miguel: “reunidos en una sociedad literaria y artística podrán aunar sus esfuerzos para combatir los errores, propagar los buenos libros y con ello las buenas doctrinas “(37). La Academia “tendrá en cada país una imprenta y su correspondiente librería.”(38).

Con objeto de difundir la lectura de buenos libros crea en 1864 la obra de las “Bibliotecas Populares y Parroquiales”, cuya atención confía exclusivamente a los seglares.

En la memoria de la Academia de S. Miguel de 1866 escribe: “La instrucción por medio del libro tiene a veces tantas ventajas sobre la de viva voz, que casi se prefiere a ésta en algunas ocasiones ... Los buenos libros son los consejeros mejores, siempre firmes en el dictamen; no se enojan si los desprecian; si les vuelven a preguntar responden lo mismo con paz y sosiego; prontos a cada instante a instruir, no temen trabajos, ni pretenden honores, anuncian la verdad, reprenden, suplican, amenazan con toda paciencia y doctrina” (39).

2.2. El servicio de la palabra en el Ideario del Seglar Claretiano.

Los aspectos más destacados en el Ideario con respecto a la evangelización mediante la palabra son los siguientes:

a). La palabra tiene especial relieve para la Familia Claretiana.

“La comunicación del misterio íntegro de Cristo mediante el servicio de la palabra ocupa un puesto nuclear en el carisma de la familia claretiana. La palabra es protagonista en nuestro espíritu de familia: escuchada y acogida nos evangeliza; anunciada a los demás, por todos los medios y en todas las formas y con la garantía del testimonio, les lleva al encuentro con la Palabra hecha” (Nº 23)

“Somos evangelizadores y queremos anunciar y extender el Reino de Odios entre los hombres median te la palabra en todas sus formas” (Nº 5).

“Especial relieve tiene para nosotros todo lo relacionado con el servicio de la palabra en todas sus modalidades” (Nº 31).

b). Llamados a continuar la misión de Claret, servidor de la palabra.

La prioridad que tiene el servicio de la palabra para los Seglares Claretianos se fundamenta en el hecho de que el Espíritu Santo con sus dones les ha destinado a continuar en la Iglesia la misión para la que suscitó a Claret.

“Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como laicos, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a S. A. M Claret” (Nº 5).

Ya en el Nº 1 del Ideario se dice que “tratamos de hacer nuestra misión de Jesús en el mundo... prestando en la Iglesia un servicio de evangelización según el espíritu y el carisma de S. Antonio M Claret” (Nº 1). En otros lugares del Ideario se recuerda cuál es el espíritu y el carisma de Claret: “La misión de S. Antonio M Claret fue la evangelización y, dentro de ella, ‘el servicio de la palabra’” (Nº 23, cf. Nº 3,4).

c). Nuestro servicio de la palabra ha de tener un marcado sentido profético.

“Unidos a Cristo Profeta y revestidos de la fuerza del Espíritu por la confirmación, quedamos capacitados y comprometidos a:

- anunciar, con el testimonio de vida y con la palabra, que el Señor Jesús resucitó y vive.
- confesar nuestra fe en medio de la trama de las realidades temporales y a
- denunciar el misterio de la iniquidad y luchar sin desfallecer y sin violencia contra los dominadores de este mundo (Nº 10).

d). El servicio de la palabra del SC. ha de estar caracterizado por la secularidad.

Los seglares claretianos no están llamados a ser predicadores al estilo de los Misioneros Claretianos. El Ideario recuerda en varias ocasiones que el servicio de la palabra del seglar claretiano ha de estar caracterizado por su vocación y misión laical.

“Continuamos como laicos” (Nº 5) la misión de Claret. Seguimos a Cristo y proseguimos su misión “siempre dentro de nuestra identidad laical” (Nº 1) Colaboramos “en la edificación del Reino de Dios, como laicos, mediante la evangelización” (Nº 8).

e). Formas de servicio de la palabra.

El Ideario señala al SC, un buen número de formas de servicio de la palabra, que van “desde las conversaciones familiares hasta las formas más especializadas de catequesis, la prensa, los libros y los demás medios de comunicación social” (Nº 31).

“Como evangelizadores, nos sentimos urgidos a colaborar en la pastoral juvenil, matrimonial y familiar, en las múltiples formas de catequesis y catecumenados, en los medios de comunicación social en la promoción del laicado, en la formación de nuevos evangelizadores y en el desarrollo de todas las posibilidades que nos ofrecen los ministerios laicales “(Nº 29).

CONCLUSION.

Al terminar esta conferencia, no quiero dejar de hacer una fuerte llamada de atención sobre un tema que no voy a desarrollar: la formación del evangelizador.

El servicio de la palabra nos exige una entrega muy seria a nuestra propia formación y capacitación para los distintos modos de evangelizar mediante la palabra.

La evangelización de las personas que viven identificadas con la cultura secularizada, materialista y poscristiana requiere en los evangelizadores una preparación muy seria y una vida de fe a toda prueba.

Si corremos el reloj de la historia 120 años hacia atrás y leemos estas palabras de Claret superando su ingenuidad, encontraremos en ellas una fuerte llamada a la formación: “Leer libros a propósito, según la clase de gente con la que se ha de hablar, pues, así como las palomas comen para dar de comer a los pichones, así es muy oportuno y necesario leer lo que se intenta tratar” (40).

El mismo añade enseguida que no basta con estudiar, es necesario “amar muchísimo a Dios y tener mucho celo de la salvación de las almas” (41).

Terminemos con aquella oración de Claret que expresa admirablemente cómo el anuncio de la palabra tiene que nacer de la experiencia de fe del evangelizador:

“¡Oh Dios y Padre mío,
haced que os conozca y os haga conocer;
que os ame y os haga amar;
que os sirva y os haga servir;
que os alabe y os haga alabar
de todas las criaturas!” (42).

NOTAS.

- (1) Autobiografía (Aut.) N° 452.
- (2) Aguilar F. Vida del Excmo. E Ilmo. Sr. O. Antonio M Claret, Misionero Apostólico, Madrid 1871. p. 15.
- (3) OC. 10 (Documento sobre el carisma, cap. General de 1967)
- (4) OC. 20.
- (5) AG. 5. (Vaticano II. Decreto “Ad Gentes”).
- (6) 16. 9 (Vaticano II, Constitución “Lumen Gentium”).
- (7) LG. 5
- (8) Cf. 16. 5; Puebla 227.
- (9) Cf. Hch. 6, 1; 2 Cor. 9, 12.
- (10) Sínodo de los Obispos de 1971, Documentos, Salamanca p. 55.
- (11) Alberich E. Catequesis y praxis eclesial, Madrid 1982, p. 23.
- (12) Cf. EN. N° 6, 7. (Exhortación apostólica de Pable VI: La Evangelización del mundo contemporáneo, 1975).
- (13) EN. 14
- (14) EN. 55
- (15) “Les valeurs du temps présent: une enquête europen”, París 1983.
- (16) EN. 55
- (17) EN. 20
- (18) EN. 19
- (19) EN. 18
- (2e) EN. 8
- (21) Cf. EN. 30—35.
- (22) EN. 45
- (23) SC. 33 (Conc. Vaticano II, Constitución “Scrosanctum Concilium”).
- (24) EN. 24
- (25) EN. 76
- (26) EN. 21
- (27) EN. 41
- (28) EN. 75
- (29) CT. 72 (Exhortación apostólica de Juan Pablo II “Catechesi Tradendae”, 1979),
- (30) Epistolario Claretiano, vol. 1 p. 266.
- (31) Aut. 221
- (32) Aut. 212
- (33) ACS p. 116, 118 (Viñas—Bermejo, El Apóstol Claretiano Seglar, Barcelona 1979).
- (34) ACS. p. 140.
- (35) ACS. p. 171.
- (36) ACS. p. 175.
- (37) ACS. p. 146.
- (38) ACS. p. 156.
- (39) ACS. p. 177—178.
- (40) ACS. p. 176
- (41) ACS. p. 176.
- (42) Aut. 233.

LA ACCION TRANSFORMADORA DEL SEGLAR

Hoy, en la Europa de 1985, no se suelen contar ya historias como ésta: “Siempre me ha producido admiración el oír a un señor que vive en un magnífico piso, que tiene una o dos o más criadas, que tiene un chalé en la sierra y un magnífico coche y una saneada cuenta corriente: “No sé de qué se quejan. Nunca han estado mejor. Hasta tienen televisión en la chabola”.Para él, la televisión es algo lógico y normal; para el obrero es un lujo que no debería permitirse” (1).

Este —hay que reconocerlo— parece un lenguaje pasado de moda. Las circunstancias han cambiado y el interés de hace años por la cuestión social se desplaza ahora a la polémica teología de la liberación, que siempre está lo suficientemente lejos como para no salpicar. Y, sin embargo, ningún laico, ningún seglar claretiano, puede olvidar que “La acción transformadora del mundo como forma de evangelización nos lleva a un compromiso de acción por la justicia, dimensión constitutiva de la Iglesia y la que más directamente corresponde al quehacer de los seglares” (2).

1. INTRODUCCION.

1.1. Hay un hecho.

Hace años, como reacción frente a un cristianismo muy preocupado por la ortodoxia, pero irrelevante en el campo social, se puso el acento sobre la fuerza transformadora de la fe: “creer es comprometerse”, se decía. La ortopraxis (es decir, la preocupación por actuar rectamente) se convirtió en el criterio de verificación de una fe genuina. Vino luego una ola que reivindicaba la gratuidad de la experiencia cristiana (3) para impedir el prometeísmo de un compromiso “sin alma”, reducido a mera acción, y los grupos y comunidades comenzaron a revalorizar la oración y la dimensión contemplativa (4). Últimamente, tanto los grupos como los creyentes más inquietos vuelven a interrogar se sobre la significación práctica del cristianismo.

En los 15 años que restan para la frontera del 2000 en el contexto de los grandes sistemas que imperan e el mundo (la tecnocracia capitalista y el comunismo) ¿puede aportar algo el evangelio cristiano en la lucha por superar los agobiantes problemas que aflige a la humanidad? Y, más agudamente todavía, ¿puede tener este evangelio alguna creatividad después de siglos de aparente o real ineficacia?

El hecho es claro: “Uno de los problemas más s nos que ha tenido y tiene planteados la iglesia post conciliar es el de la eficacia concreta o, si se prefiere, el de su praxis histórica respecto de las realidades temporales” (5). Este hecho sustancial se traduce luego en preocupaciones concretas: ¿Qué puede hacer un grupo para contribuir al cambio social? ¿De qué manera los laicos pueden poner en práctica su vocación de “tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (LG. 31)? ¿Existe, en realidad, algún modo específicamente cristiano de acción transformadora?

1.2. Que se inserta en un gran debate.

Ninguna de estas cuestiones es rigurosamente nueva. Se vienen planteando con insistencia durante lo últimos decenios. Las posturas fundamentales (exceptuando las posiciones extremas de los que abogan por una concepción integrista del cristianismo o de lo que disuelven la acción eclesial en pura práctica política) se pueden reducir a tres (6):

1) Posición de J. Maritain (recogida en parte por la *Gaudium et Spes*, nn. 43 y 76). Parte de una distinción básica: existe un actuar como cristianos y un actuar en cuanto cristianos:

- Todo creyente debe hacer que su fe en Cristo anime las propias acciones y determine las opciones personales en todas las dimensiones de la vida. Se supera así el integrismo de los que aspiran a identificar iglesia y sociedad y el laicismo individualista de los que consideran la fe un asunto de conciencia personal que no debe ejercer ningún influjo sobre las acciones públicas de los cristianos. Por otra parte, esta actuación como cristianos no está sujeta de manera directa e in mediata al Magisterio: deja un espacio para el pluralismo.
- Existe, además, una línea de acción eclesial de la Iglesia en cuanto tal que no penetra en todas las dimensiones del mundo político, socio—económico, etc. y que subraya los valores y principios que están ligados estrechamente con el evangelio y con los que la Iglesia entera se compromete de manera unitaria.

Se defiende, pues, una teoría del compromiso cristiano en el mundo que juega con la distinción de dos planos de actuación uno secular—mundano (en el que se ejercita la vocación específica de los laicos) y otro sobrenatural—religioso (en el que se inserta, sobre todo, la acción de los ministros ordenados).

2) Posición de la teología política (representada por J. B. Metz) Según esta teología, los aspectos prácticos, tecnológicos, sociales, políticos, etc., constituyen la acción inmediata del anuncio cristiano. No existe propiamente un espacio intermedio entre la predicación de la Palabra y el compromiso público y político (7). ¿Por qué? Sencillamente porque el recuerdo de Jesús no es inocuo. Se trata de una memoria subversiva (8) que no se limita a actuar contra una propuesta política determinada sino que desmonta todas, deshaciendo sus límites y poniendo a las claras sus manipulaciones. Desde una visión escatológica del Reino se establece una reserva hacia todo proyecto político. El compromiso de los cristianos adquiere así el sentido de una perenne función crítica más que de una propuesta específica.

3) Posición de la teología de la liberación. No basta entender la acción cristiana como función crítica. El evangelio se convierte de esta forma en algo irrelevante y nunca acaba de entrar en el juego histórico concreto de las contradicciones que hacen avanzar la historia. Una pretendida neutralidad en nombre de la asepsia del evangelio significa en la práctica una complicidad con los poderes dominantes. Los cristianos tienen que asumir una misión política y social que opte abierta y explícitamente por los pobres. Sólo de esta forma pueden liberarse de la hipoteca de un sistema en el cual la falta de una opción precisa por los pobres se resuelve siempre en un apoyo a los poderosos.

1.3. Y afecta a cuestiones teológicas fundamentales.

Cada una de las posiciones anteriores tienen las ventajas y los límites del cuadro de referencias del que parte. Es preciso ser conscientes de ello. Ahora bien, algo revela su estudio: pretender esclarecer el sentido de la acción transformadora del cristiano seglar sin situar esta cuestión en un marco más amplio sólo conduce a propuestas menores que, con frecuencia, no guardan relación con el conjunto de la fe cristiana, tal como es reflexionada y vivida en la actual situación del mundo.

Hay, al menos, cinco cuestiones teológicas fundamentales que deben ser tenidas en cuenta:

- el sentido del hombre, de la naturaleza y de la historia y, simultáneamente, la vocación—misión del hombre en estos planos de la realidad,
- el sentido del pecado (original, personal, estructural) y la carga de resistencia que comporta en la tarea de transformación de la realidad según Dios
- el sentido de la acción liberadora de Jesucristo como inauguración de una nueva dinámica del hombre en el mundo
- el sentido de la Iglesia, comunidad que significa y realiza la obra transformadora de Cristo
- el sentido específico de la vocación laical en la misión transformadora que compete a la Iglesia.

Este estudio se detiene de manera particular en la última de estas cinco cuestiones, pero insertándola en unas coordenadas que más adelante serán tratadas.

1.4. Que deben ser traducidas a criterios operativos.

No es suficiente hacer una iluminación doctrinal. Y no solamente por secundar la famosa tesis XI de Marx sobre Feuerbach (“Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, pero se trata de transformarlo”), sino, sobre todo, por mostrar la esencial dimensión práctica de la fe cristiana.

La doctrina del Vaticano II, por un lado, y la reflexión sobre algunos planteamientos actuales, por el otro, van a ser los polos de esta reflexión. Sólo al final se buscará una cualificación carismática de la acción transformadora laical desde lo específicamente claretiano.

Preguntarse por los aspectos prácticos de la fe cristiana (por la forma de encarar el evangelio en moldes técnicos, políticos, etc.) no significa perder de vista su dimensión trascendente, sino sencillamente entender la libertad humana (que es siempre creadora) como el fruto cualificado de la gracia porque “no es costumbre del Espíritu Santo suplir con sus carismas la falta culpable de competencia y de eficacia natural en el servicio del Reino. Si perdiéramos de vista esto caeríamos en un sobrenaturalismo” (9).

Sigue siendo desafiante la sinceridad de Peguy: “Porque quienes no tienen el valor temporal creen que han entrado en la penetración de lo eterno. Porque quienes no tienen el valor de ser del mundo piensan que son de Dios...”

2. LOS FUNDAMENTOS TEOLOGICOS DEL COMPROMISO LAICAL.

2.1. La perspectiva del Nuevo Testamento.

2.1.1. Una reserva inicial (no es posible encontrar soluciones concretas).

Ningún cristiano niega que del evangelio pueda deducirse un criterio de actuación transformadora. Y, sin embargo, a primera vista, parece que en el NT se da una reserva con respecto a la responsabilidad cristiana en el mundo, como si ésta no fuera una preocupación importante de la primera generación cristiana (10). Esta reserva puede deberse a motivos internos:

- La tensa expectativa de la intervención escatológica de Dios que vive la iglesia apostólica y, consiguientemente, la conciencia de hallarse en un mundo “cuyo papel esta acabando” (1 Cor. 7, 31).
- La relativización de las urgencias humanas a la luz de Cristo. Es tal la potencia de la fe que —en palabras de Pablo— “el mundo quedó crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal. 6, 14). Por otra parte, la aceptación de la realidad y el sufrimiento mismo (natural, personal o social) pueden ser una participación en la pasión de Cristo (Cf. 1 Pe. 4, 13).
- La poderosa experiencia del Espíritu en la iglesia naciente que, en cuanto iglesia embrionaria, vive una situación de confrontación con el mundo, con el no—pueblo.

Y también a motivos externos:

- El anhelo ambiental de valores trascendentes que se vive en la segunda mitad del siglo 1 tras una época de extroversión a la naturaleza (en el clasicismo griego y romano) y un tiempo de gran progreso político y económico (en el imperio romano helenizado).
- El totalitarismo interno y externo del imperio romano que, en cuanto estructura omniabarcante, no permite una acción reformista o revolucionaria y, por tanto, frena cualquier intento de compromiso transformador.

2.1.2. La actuación de Jesús (es posible encontrar la raíz cristiana).

Estos motivos, sin embargo, no permiten deducir que en el NT no se aborde el aspecto práctico, transformador de la fe cristiana, Las palabras, actitudes de Jesús — confesadas e interpretadas por los evangelios— son el testimonio más elocuente:

- Jesús nace pobre, se forma en un ambiente rural y durante años ejercita una profesión de hombre—disponible—para—cualquier—tipo—de—trabajo—manual, una profesión al servicio del pueblo que resultaría escandalosa y llegaría a constituir un impedimento para otorgar credibilidad a su mensaje (Cf. Mt. 13, 55; Mc. 6, 1).
- Su estilo de vida posterior es una vocación de entrega, tal como expresa uno de los himnos cristianos más antiguos: “Cristo Jesús no se aferró celosa mente a su condición de Dios sino que se hizo pequeño, se hizo servidor, en todo semejante a los hombres” (Fil. 2,6—7)
- Su programa ha sido sintetizado por Lucas con palabras cargadas de resonancias veterotestamentarias y de fuerza transformadora: anunciar la buena noticia a los pobres, dar la libertad a los encadenados, la luz a los ciegos... (Cf. Lc. 4, 16—21). No se trata tanto de un cúmulo de intenciones cuanto de algo que ya ha empezado a ser eficaz: “Hoy mismo este texto empieza a ser realidad”.
- Lo que Jesús dice adquiere nuevo vigor en las bienaventuranzas: los felices no son los ricos, los que ríen, los listos, los violentos, los que cometen in justicia, los autosuficientes ... sino los pobres, los que ahora lloran, los que llevan en el corazón las cosas como Dios las ve, los que buscan la convivencia y la fraternidad ... (Cf. Mt. 5, 1—12; Lc. 6 20—26)

- Lo que hace es estar presente donde hay una miseria humana que remediar, aunque no le quede ni tiempo para comer (Cf. Mc. 6, 31; 3, 20). Más que con las palabras Jesús muestra con su comportamiento en que consiste el Reino. Su poder (“exousía”) es siempre una fuerza salvífica, transformadora, eficaz.
- La lógica de transformación, según la esencia misteriosa y paradójica del Reino, posee rasgos singulares:
 - no se trata de algo aparatoso, sino de una semilla que crece lentamente a pesar de quedar inadvertida (Mc. 4, 26—34).
 - aspira a una justicia siempre superior sin creer que se puede conseguir del todo
 - acepta los bienes materiales en cuanto promueven a los hombres (Cf. Mt. 5, 1-20) sabiendo que lo fundamental es la búsqueda del Reino (Cf. Mt. 6, 33).
 - implica trabajar por la civilización del nosotros el servicio se sitúa por encima de la dominación (Cf. Mt. 20, 25; Mc. 10, 43—44).

2.2. La perspectiva del Vaticano II.

2.2.1. El contexto de la “Gaudium et Spes”.

La constitución GS constituye, sin duda, el filón más importante para extraer una síntesis doctrinal sobre la acción transformadora (11). Ya las palabras del comienzo anuncian el talante de las reflexiones posteriores: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (GS.1). Lo que el Concilio pretende, en último término, es “poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar” (GS.3).

Se realiza después una descripción de la situación del hombre en el mundo de hoy haciendo hincapié los cambios profundos que se han operado en el orden social (GS. 6), psicológico, moral y religioso (GS 7). Estos cambios han dado lugar a no pocos desequilibrios (GS. 8). En medio de ellos, sin embargo, se fraguan nuevas aspiraciones de la humanidad (GS. 9) y resuenan con un eco especial los interrogantes más profundos del hombre (GS. 10). Teniendo en cuenta esta situación y bajo la luz de Cristo “el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para operar en el hallazgo de soluciones que responden a los principales problemas de nuestra época” (GS. 10).

Los capítulos I y II de la primera parte están dedicados a la persona y a la comunidad humana respectivamente. A la luz de sus afirmaciones se entiende la doctrina del capítulo III sobre la actividad humana en mundo.

2.2. 2. El sentido de la actividad humana en el mundo.

El hombre se hace a sí mismo en la interrelación creadora con el medio y con los otros hombres. Aquí hunde sus raíces la acción, entendida antropológicamente. El Concilio, “sin que tenga siempre a mano una respuesta adecuada a cada

cuestión” (GS. 33), sea iluminar este hecho desde la fe y prestar así La contribución cristiana al esfuerzo por transformar la realidad.

- Establece, de entrada, un principio doctrinal: “La actividad humana individual y colectiva o el conjunto de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios” (GS. 34).
- Del que se sigue una finalidad: la acción que procede del hombre debe ordenarse al hombre. “El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene” (GS35) (12).
- Y una norma básica: la actividad humana, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, debe ser conforme al auténtico bien del género humano y debe permitir al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación (GS. 35).

Se aborda luego el tema conflictivo de la justa autonomía de la realidad terrena (GS 36) y la deformación de la actividad humana por el pecado (GS 37). En este apartado se subraya que para superar la inevitable resistencia que el pecado ofrece al esfuerzo de humanización del mundo “hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas” (GS 37).

El número 38 profundiza el sentido de la actividad humana según el misterio pascual para concluir afirmando que “la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el camino nuevo del amor” (13).

El cristiano sabe que su misión no termina en es te mundo, está animado por la esperanza de una nueva humanidad. Sabe que de nada le sirve ganar todas las cosas si se pierde a sí mismo (Cf. Lc. 9, 25). No obstante, “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación por perfeccionar esta tierra ... Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios”(GS39).

2.2.3. La misión de la Iglesia en el mundo.

Según el capítulo IV de la GS, la misión de la Iglesia no es propiamente de orden político, económico o social, pero, de su fin religioso “derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina” (GS. 42). Dentro de esta misión de toda la Iglesia, “competen a los laicos, de manera propia pero no exclusiva, las tareas y el dinamismo seculares. Cuando actúan, individual o colectivamente, como ciudadanos del mundo, no sólo deben cumplir las leyes propias de cada disciplina, sino que deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos” (GS. 43).

Se señalan a continuación algunos criterios prácticos:

- Pueden colaborar con los que buscan idénticos fines.
- Deben promover iniciativas.
- Tienen derecho a esperar de los pastores orientaciones espirituales, pero no a soluciones concretas e inmediatas a las cuestiones que surjan.
- Es legítimo el pluralismo de soluciones y, por tanto, a nadie le’ está permitido reivindicar en exclusiva la autoridad de la Iglesia.

- Es obligación de los laicos cristianizar el mundo y ser testigos de Cristo en medio de la sociedad humana.

Estas orientaciones se aplican después, sin que a preciso explicitar ahora, al campo de la cultura, de la vida económico social (14), de la vida en comunidad política y del fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos.

El Concilio, pues, ofrece un material valioso. No resuelve los múltiples problemas prácticos que se esconden en este campo de la acción transformadora, pero indica -y es ya muy importante- los elementos que deben ser tenidos en cuenta para un planteamiento correcto.

2.3. La perspectiva teológica.

2.3.1. El planteamiento de H. Urs von Balthasar (15).

No se trata ahora de repetir los datos anteriores sino de encontrar un soporte que los integre y muestre su articulación. Está creciendo en las comunidades cristianas —como quedó dicho en la introducción- interés por la acción y el compromiso (16), pero, mismo tiempo, se han multiplicado las preguntas acerca de la operatividad del evangelio (17). Para algunos, lo cristiano no aporta contenidos específicos a la lucha humana por transformar el mundo (18). Para otros, aunque no aporte contenidos, sitúa los problemas en un horizonte más amplio (19).

Hans Urs von Balthasar, en la obra citada, ofrece un planteamiento que puede resumirse en los siguientes puntos:

- El compromiso del cristiano, la acción transformadora que él realiza en el mundo, se base en el compromiso de Dios por el mundo. Ambos son inseparables. La verdadera responsabilidad tiene, pues, raíces netamente teológicas.
- La contribución organizada para hacer un mundo mejor no puede forzar la libertad humana hasta someterla totalmente a los planes de acción porque el quedaría así destruido en su misma esencia.
- El cristiano —“dado que el hombre tiende por naturaleza a someter el mundo y a humanizarlo y, al mismo tiempo, a sobrepasar todo lo que es natural a partir de una meta inalcanzable por sus propias fuerzas” (p. 74), es el único que, reconociendo el compromiso de Dios por el mundo en Cristo, puede orientar en la justa dirección tanto el mundo como el esfuerzo humano que se despliega dentro de él.
- La acción transformadora cristiana va más allá de la renovación estructural (20) y relativiza el alcance de esta renovación (21).
- No obstante, esto no significa adoptar una actitud de resignación ante la situación del mundo. “En la medida de lo posible, el cristiano tiene el deber de impregnar las estructuras finitas de un espíritu infinito de amor y de redención a pesar de que ellas opondrán siempre una enorme resistencia a esta impregnación” (p. 91).

2.3.2. El planteamiento de Edward Schillebeeckx (22).

Se recogen aquí las aportaciones directamente referidas a los seculares para incorporar matices nuevos al planteamiento anterior:

- En la Iglesia “es la comunidad de los seglares la que tiene como misión propia velar por la autenticidad y la expansión de los valores terrenos en el campo social, económico y político... todo ello al ser vicio del reino de Dios hacia el que están intrínsecamente ordenados dichos valores” (p. 128).
- Esta misión se realiza:
 - dando testimonio de fe ante al mundo
 - dejándose guiar por los principios cristianos en las acciones de servicio a la sociedad
 - ejerciendo competentemente la actividad profesional (23).
- El sentido último de la acción transformadora es el de acoger libre y responsablemente el don de Dios (24).
- Esta capacidad de humanizar el mundo no la recibe el creyente en el bautismo - la posee ya como hombre -. Lo propio del seglar cristiano es “integrar ese proceso de humanización en su comunidad de gracia con Dios en Jesucristo o, en otras palabras, la de hacer resonar el protón en el eschatón” (p. 186).
- Aun no siendo un fenómeno específicamente cristiano, “el proceso emancipador de liberación puede tener una importancia fundamental para el cristianismo: puede ser una forma histórica necesaria del amor cristiano, de su fe y de su esperanza” (25).

2.3.3. El compromiso de los cristianos seglares (síntesis).

Sobre el trasfondo de las reflexiones anteriores es posible sintetizar en forma propositiva las principales conclusiones sobre el tema central de este estudio:

- Ni cualquier actividad es compromiso ni cualquier compromiso es cristiano. El compromiso es una actitud que da origen a un conjunto de actividades o situaciones en las que una persona o grupo arriesgan aspectos importantes y hasta fundamentales de su existencia. Compromiso cristiano es el resultado de una vida planteada y vivida según las exigencias del Reino de Jesucristo que se resumen y centran en el mandamiento del amor.
- El amor cristiano no es sentimental ni ideológico. Es profético (choca contra las concepciones culturales de la sociedad), eficaz (no se confunde con la buena intención) y universal (desde los pobres se dirige a todos). Dado el contexto de injusticia en que vivimos, el compromiso cristiano que brota del amor, es necesariamente conflictivo.
- Este compromiso se realiza en tres niveles fundamentales: personal, relacional y estructural. La lucha estructural honrada purifica la conciencia personal y viceversa. La fe cristiana, al dar prioridad a la conciencia del hombre, actúa como elemento denunciador del tecnicismo y de la falsa eficacia.
- El verdadero compromiso exige; finalmente, una coherencia entre los valores que proclama y los modelos que representa, entre los fines y los intereses, a fin de que no se produzca una neutralización estéril (26). Esto exige:
 - un análisis situacional que permita distinguir la experiencia cristiana de las mediaciones culturales que la expresan
 - un análisis estructural que permita conocer no sólo los fenómenos sociales sino la raíz de los mismos.

3. CAMINOS PARA UNA ACCION TRANSFORMADORA.

“El trabajo es el amor hecho presencia. Y si no podéis trabajar con amor, sino a disgusto, es mejor que abandonéis vuestra labor y os sentéis en el pórtico del templo a recibir las limosnas de aquellos que trabajan con alegría” (27).

Hay muchas cuestiones teóricas que no han podido ser ni siquiera mencionadas. Algunas de ellas de indudable valor y actualidad: por ejemplo, todo lo referido a la praxis como criterio de verificación de una fe verdadera. Lo propio de esta segunda parte es la presentación de algunas perspectivas o caminos que puedan servir para iluminar los problemas más prácticos con los que se enfrentan los laicos. Es en el terreno práctico donde cobran vigencia los planteamientos teóricos de la primera parte.

3.1. Opciones a nivel personal (28)

En el contexto actual (consumista, desinteriorizado e insolidario), en el que los laicos tienen que encarnar ordinariamente su fe, hay dos realidades que centran la vida del hombre adulto y en las cuales se debe expresar el compromiso cristiano: la profesión y el estado de vida.

3.1.1. La profesión.

- Es la plataforma desde la que el cristiano participa en las estructuras socio— laborales para crear un tipo nuevo de sociedad.
- Los criterios cristianos con que se elige no pueden reducirse al prestigio social, a la ganancia económica o al poder que implica. El cristiano debe optar profesionalmente con la perspectiva de influir en las estructuras sociales para hacerlas más libres, más justas y más participativas.
- Dado que estos criterios chocan con la competitividad que normalmente rige la vida profesional, el cristiano seglar ha de aceptar la dosis de riesgo, conflicto y aun marginación que una opción de este tipo puede acarrear.
- En la práctica, una opción cristiana profesional desde el amor, aunque no excluye a nadie, no puede realizarse del mismo modo y con el mismo programa en los opresores que en los oprimidos. También en este terreno los intereses pueden terminar ahogando los fines.

3.1.2. El estado de vida.

El matrimonio.

- Para muchos cristianos, la elección de este estado de vida ha sido la causa de su retirada, no sólo de un tipo determinado de acción, sino hasta de renuncia a planteamientos vocacionales. La búsqueda de la seguridad, al temor a complicarse la vida e intereses afectivos cerrados acaban vaciando las opciones de solidaridad y de lucha.
- Es imprescindible que en el matrimonio se comparta un proyecto vocacional común, puesto que el estado de vida es un opción global y totalizadora. Todo esto implica un profundo trabajo de educación de la afectividad para que el matrimonio no se convierta en la tumba del compromiso sino en un verdadero trampolín, en un riesgo compartido.

El celibato por el Reino.

- Cuando es elegido por el Reino - y no por motivaciones egoístas o desde complejos y cobardías - el celibato da una tonalidad y significación especiales a la profecía y a la donación.
- Hay laicos que hacen del celibato una dimensión de su compromiso por transformar el mundo según Cristo a partir de la disponibilidad que crea.

3.2. Opciones a nivel social.

El compromiso de los seculares debe insertarse también en las estructuras donde se vive la dinámica de las relaciones humanas a niveles más amplios que en el matrimonio y la familia. De entre los numerosos campos que podrían ser estudiados, aquí se presentan tres:

3.2.1. La acción en las plataformas populares comunitarias.

- Se trata del punto de confluencia de la solidaridad y la lucha de muchas personas por unas necesidades y derechos fundamentales. Generalmente estas acciones revisten carácter asociativo: comisiones de cultura, urbanismo, sanidad, enseñanza, asociaciones de vecinos, consejos escolares... Pueden depender de la administración pública o de entidades privadas o simplemente son fruto de los individuos que las integran.
- Muchos seculares tienden a inhibirse de estos compromisos por no sucumbir a la politización de que con frecuencia son objeto, por simple comodidad o por no saber de qué manera ofrecer una aportación cristiana. Es urgente, sin embargo, recuperar estos campos porque son los cauces ordinarios de la acción transformadora en la escala intermedia. Sin dogmatismos, pero sin complejos.
- La parroquia constituye también una plataforma de servicios posibles (grupos catequéticos, centros juveniles, asistencia social, dispensarios...) sin descuidar la tarea de evangelización directa. Cabría añadir, sin embargo, que el compromiso de un secolar —por su misma naturaleza— no debe cerrarse en el reducto parroquial sino abrirse a las esferas ordinarias de la vida secular.

3.2.2. La acción sindical y profesional.

Es preciso ir más lejos. Una preparación social, jurídica y sindical resulta en muchos casos imprescindible para encauzar la solidaridad en la lucha por las justas reivindicaciones laborales.

- La comunión cristiana no puede ser espectadora entre el pueblo trabajador ni puede permanecer inactiva en las actuales circunstancias de crisis económica (desempleo, descenso del poder adquisitivo, economía sumergida, bolsas de marginación...), aunque no exista una alternativa económica clara y viable.
- A los seculares cristianos corresponde una formación técnica y humanística adecuada para buscar soluciones justas, una participación activa en las organizaciones empresariales y sindicales (el absentismo no es normalmente la actitud más constructiva) y una contribución solidaria a las iniciativas que busquen una distribución más equitativa de los bienes.

3.2.3. La acción educativo—cultural.

Cuando la cultura se torna mercancía y se somete a tratamientos casi exclusivamente económicos, el secolar cristiano debe abrir este campo a otras dimensiones (29).

- Las comunidades cristianas que poseen centros de educación y enseñanza deben plantearse su identidad como lugares de evangelización. En estos espacios puede propiciarse un encuentro fecundo entre fe y cultura, con tal de que tanto los clérigos, religiosos y laicos educadores como todos los que en ellos intervienen sean conscientes de su misión.

- También el arte, la literatura, el cine, los medios de comunicación social son cauces, con frecuencia inutilizados, para una acción transformadora y no meramente continuadora de lo ya existente. Sin embargo, muchos seglares los reducen a fuentes de ingresos personales o, a lo más, a lugares de realización profesional.

3.3. Opciones a nivel político.

Es verdad que la verdadera transformación nace de un corazón transformado (convertido), pero también es cierto que la libertad del evangelio debe impregnar las estructuras humanas (hoy planetariamente interrelacionadas de múltiples maneras) para que éstas sean cauces de realización personal y comunitaria y no trabas para la justicia y la solidaridad entre los hombres.

- Se trata, sin duda, de un terreno complejo lleno de ambigüedades, donde los precios humanos son inevitables en muchas ocasiones. Los seglares serán siempre clasificados políticamente cuando actúen por la construcción de un mundo nuevo, aun cuando no hagan opciones de partido, sobre todo si ofrecen resistencia a los intereses de explotación, sea del signo que sea. Es una ingenuidad pretender vivir comprometidamente dentro de la sociedad y, al mismo tiempo, ser aceptado por todos.
- En ocasiones, la acción política, a través de la cual se promueven los cambios estructurales, exigirá la pertenencia a grupos institucionalizados y a partidos. Un seglar cristiano no puede hipotecar, ni siquiera en aras de una eficacia mayor, las exigencias de la fe cristiana. En estos casos deben siempre asegurarse algunos mínimos:
 - La opción política debe ser consecuencia de un proceso de compromiso y no simplemente una oportunidad para satisfacer las aspiraciones individuales o lograr objetivos que exceden los límites de este campo.
 - La opción política debe vivirse desde la vitalidad de la fe, aun respetando su justa autonomía.
 - La opción política no puede plantearse al margen de la comunidad cristiana en la que el seglar está inserto ni puede reducir ésta a un grupo más que sólo se “utiliza” para algunos momentos celebrativos.

3.4. La especificidad claretiana de la acción del seglar.

Son de sobra conocidas las iniciativas puestas en marcha por Claret para encauzar la acción de los seglares. A pesar de la distancia cronológica y cultural, muchas de ellas siguen conservando su ejemplaridad.

Por otra parte, el número 33 del Ideario del Seglar Claretiano enumera seis características de la misión laical claretiana. Si hubiese que precisar cuál es el sustrato que mantiene a todas ellas habría que referirse a la evangelización. Esta, en efecto, no es una acción más, sino el talante de todas, aunque a veces puede adquirir formas más directas.

El cristianismo no se vive de manera propagandística, pero tampoco de forma anónima: testimonio y palabra son elementos igualmente necesarios.

Europa atraviesa una situación de especial complejidad. Es el continente con mayor impregnación cristiana, hasta el punto de que la fe ha llegado a ser con frecuencia un elemento cultural o sociológico. Es el continente que, en medio de un cierto retraso tecnológico, aspira a la unidad política y económica, aun que ésta va a

exigir la superación de numerosas trabas. Es el continente que ha gestado el proceso de secularización y que más profundamente se ha visto afectado por él. Es, finalmente, el continente que tiene que ser reevangelizado porque los cauces ordinarios de transmisión de la fe (familia, escuela...) están dejando de serlo.

La tarea de los laicos europeos se revela, pues, imprescindible y urgente. No sólo ni principalmente por la escasez de ministros ordenados sino, sobre todo, por hacer justicia a la Iglesia como pueblo de Dios.

Esta tarea evangelizadora, a la que los seglares claretianos son convocados de una manera especial, incluye el anuncio explícito del mensaje y el esfuerzo por construir el mundo según sus exigencias. Desde esta perspectiva, el testimonio de vida, la formación catequética y la calificación profesional constituyen las áreas de compromiso que todo seglar debe desarrollar.

Para el que se toma en serio la acción transformadora, "hoy es siempre todavía" (Machado). Para el cristiano que acepta este reto, la cruz, las dificultades, las frustraciones, los ataques... serán siempre compañeros de camino, pero nunca se debe olvidar que "si uno sufre porque es cristiano, no tiene de qué avergonzarse. Más aún, debe dar gracias a Dios por poder llevar este nombre" (1 Pe. 4, 16).

NOTAS.

- (1) J. DOMINGUEZ, Yo creo en la justicia (Bilbao 1973) 33.
- (2) El Seglar Claretiano. Ideario y Organización, número 26.
- (3) C. DIAZ, Contra Prometeo (Madrid 1980)
- (4) Un ejemplo elocuente lo constituye Taizé y su estilo integrador: siempre oración y acción, lucha y espera contemplativa.
- (5) V. ORTEGA, “El humanismo cristiano ante los problemas socio—económicos de hoy” en Sal Terrae 1 (1984) 49.
- (6) 5. DIANICH, IL prete: a che serve? (Roma 1978) 152 ss.
- (7) Se da un cambio de acento con respecto a lo subrayado por el Vaticano II:
“Mientras en el Concilio se piensa en el mensaje como una proclamación de una visión del mundo’, que resulta eficaz en la conversión personal del creyente y da lugar después a un influjo en la historia a través de la acción de los cristianos particulares, en la teología política se parte de la convicción de que la cultura moderna ha superado definitivamente el hombre contemplativo, sustituyéndolo por un tipo de hombre consciente de su poder de transformar el mundo y no sólo de contemplarlo” (5. DIANICH, o.c., 154).
- (8) J. B. METZ, La fe, en la historia y la sociedad (Madrid 1979)
- (9) E. SCHILLEBEECKX, La misión de la Iglesia (Salamanca 1971) 132.
- (10) H. SCHURMANN, “Das eschatologische Heil Gottes und die Weltverantwortung des Menschen. Ein gesprächsbearbeitung” en Geist und Leben 50 (1977) 18—30.
- (11) Si desde el punto de vista dogmático es la LG la que sitúa el laicado en el conjunto de la Iglesia, es la GS la que desarrolla, desde un punto de vista práctico, la misión del laico en los distintos campos de la actividad humana.
- (12) Se da aquí una clave de excepcional importancia a la hora de abordar el significado del compromiso y de la acción. La gran acción transformadora consiste, sobre todo, en ser más hombre y no en hacer más cosas.
- (13) En un mundo estructuralmente dominado por los intereses económicos este principio cristiano resulta “ineficaz” según la lógica de la misma economía capitalista que —como afirma Max Weber— “lo único que ahora es amor”.
- (14) En este contexto se hace una descripción interesante del sentido del trabajo como acción productiva: “El trabajo humano que se ejerce en la producción y en el comercio o en los servicios es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, puesto últimos no tienen otro papel que el de instrumentos” (05 67).
- (15) H. URS VON BALTHASAR, El compromiso cristiano en el mundo (Madrid 197).
- (16) “Cada generación tiene sus palabras claves. En la Edad Media se arrastraba a los espíritus con las palabras unidad y orden... la generación actual ofrece al máximo de resonancia a las palabras, ayer sin brillo, de compromiso, misión, comunidad, responsabilidad” (Y. CONGAR, Jalones para una teología del laicado (Madrid 1962) 533.
- (17) “¿Tiene algo aplicable que decirnos el evangelio? ¿O su misma utopía lo convierte en teórico ante una realidad práctica tan brutalmente antiutópico? Y es fácil constatar cómo épocas diversas se diferencian precisamente en este punto: qué pasajes del evangelio toman a la letra y qué otros descuidan como impracticables. El mismo sector de Iglesia que dice que no hay que tomar tan en serio la conflictividad del evangelio, es el que toma al pie de la letra sus frases sobre el mirar con ojos de deseo a una mujer” (J. 1. GONZALEZ FALIS, “La buena noticia de Jesús ante la mala noticia de un mundo violento” en Sal Terrae 5 (1980) 324).
- (18) “No existe, pues, una moral específicamente cristiana. Lo que cambia es el espíritu con que la moral común es vivida en el seguimiento de Cristo Jesús” (F. TABORDA, “Fe cristiana y praxis histórica” en Selecciones de Teología 88 (1983) 295).
- (19) “El cristiano no tiene en este campo (el de la humanización del mundo) ninguna solución o terapia definitivas que ofrecer, sino que ha de luchar como todos los demás hombres para descifrar el enigma de la naturaleza y de la historia... Ahora bien, al conocer el compromiso de Dios por el mundo, tiene un horizonte más vasto que, sin llegar a resolver el aspecto trágico de la situación, le ayuda a comprenderla” (H. URS VON BALTHASAR, o.c. 94—95).
- (20) “No se trata, ante todo, de una supresión (utópica) de las estructuras jurídicas del ser humano (como propugnan Marx, Freud, Marcuse, etc. ... a fin de que la libertad del hombre se siga como una consecuencia natural); se trata de transformar el ser mismo del

hombre: sólo así podría realizarse un cambio en la sintaxis y la morfología de las estructuras (de por sí necesarias)” CH. URS VON BALTHASAR, o.c., 82).

- (21) “El ideal sería impregnar de espíritu cristiano las estructuras del mundo infrahumano y de la organización social... la salvación total sólo es apercibida “in spe”. De aquí que considerar posible una transformación de las estructuras en cuanto tales como consecuencia del esfuerzo cristiano es, en definitiva, un milenarismo, o bien deriva de una actitud excesivamente entusiasta y utópica” (Ibidem, 90—91).
- (22) E. SCHILLEBEECKX, La misión de la Iglesia (Salamanca 1971). Las referencias paginales que figuran en el texto se refieren a esta obra. Cf. También: Cristo y los cristianos. Gracia y liberación (Madrid 1982) 727 Ss.
- (23) “Rechazamos, pues, expresamente esa deplorable ruptura entre el aspecto técnico y el aspecto cristiano del trabajo, que sugiere que la técnica como tal es neutra y sólo se hace cristiana desde el exterior, en virtud de una intención sobre—añadida. Semejante ruptura es funesta. Se trata del punto más sensible, aquel en donde el seglar siente la crisis con mayor dolor: su actividad profesional, que ocupa, sin embargo, la mayor parte de su existencia, no puede ser vivida más que como una realidad extraña a su vida cristiana, y esto le da la impresión de que su vida cristiana es inauténtica o de que su vida profesional no tiene nada que ver con su vida de cristiano” (p. 131). —
- (24) “Mediante la organización de la sociedad temporal, la humanidad se va haciendo más acogedora a la gracia y se van superando los obstáculos para la salvación; además, en el trabajo cultural se hace una encarnación de la intención cristiana de organizar la vida terrena con vistas al reino de Dios. Los valores naturales y culturales también tienen que ser redimidos, y no solo en el eschaton, sino va en la historia. Allí es donde está, dentro de su existencia cristiana total, la tarea propia del seglar cristiano en el mundo” (p. 156).
- (25) E. SCHILLEBEECKX, Cristo y los cristianos, 753.
- (26) “En la Iglesia coexisten dos grandes fuerzas de signo estrictamente contradictorio: de una parte, la fuerza de los fines evangélicos que la Iglesia no se cansa de predicar constantemente; de otra parte, la fuerza de los intereses antievangélicos que en realidad subsisten en la misma iglesia. Ahora bien, la consecuencia práctica y concreta que se sigue de todo esto es que la organización eclesial neutraliza la fuerza del mensaje evangélico que la misma iglesia no cesa de proclamar ante los hombres” (J. M. CASTILLO, La alternativa cristiana (Salamanca 1983) 352).
“No basta recordar principios generales, manifestar propósitos,... todo ello no tendrá peso real si no va acompañado, en cada hombre, por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva” (PABLO VI, Octogésima adveniens, 48)
- (27) K. GIBRAN, El Profeta (Buenos Aires 1972) 36.
- (28) Para todo lo que sigue, Cf. DELEGACION DE PASTORAL JUVENIL DE MADRID, El compromiso cristiano de los jóvenes.
- (29) La palabra cultura encierra en su etimología una doble vinculación: a la tierra (cultivo) y al cielo (culto). Cf. las interesantes reflexiones de O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, El poder y la conciencia (Madrid 1984) 88 Ss.